



KIM MANRESA

Butler bucea en las relaciones entre padres e hijos, abuelos y nietos, y la manipulación de sectas religiosas

Obsesionado con las sectas, Nickolas Butler publica 'Algo en lo que creer', novela ambientada en una granja de un pueblo de Wisconsin

Fe que salva o destruye

NÚRIA ESCUR
Barcelona

Novelas de leñador. Entran ganas de ponerse una camisa a cuadros, volver a escuchar a Kenny Rogers, y zamparse un tazón de copos de avena y sirope de arce, cerquita de una chimenea. Nickolas Butler, nacido en Pensilvania hace cuarenta años y criado en Wisconsin, ya logró ese efecto con *Canciones de amor a quemarropa* o *El corazón de los hombres*. Vuelve a conseguirlo con su último título: *Algo en lo que creer* (Libros del Asteroide).

Esta vez se centra en Lyle (personaje inspirado en su suegro), un hombre de 65 años que ha pasado treinta trabajando en una tienda de reparación de electrodomésticos. Vive al ritmo de las estaciones en la granja que comparte con su mujer.

Su hija adoptiva, Shilo, madre soltera con la que mantiene una compleja relación, ha vuelto a casa con su hijo. Pero Siloh (a quien su madre biológica tuvo con quince años en un baño del McDonalds) está saliendo con un pastor evangélico que influirá excesivamente en sus vidas...

La novela está parcialmente inspirada en unos sucesos ocurridos

en Weston en marzo del 2008. Una niña de diez años murió de deshidratación por culpa de una diabetes no tratada. "Sus padres, miembros de una comunidad religiosa extremista, nunca la llevaron al médico, creían que sus desmayos eran por culpa de su poca fe religiosa". La noticia marcó a Butler hasta el punto de obsesionarse con las sectas.

Empezó a documentarse sobre los grupos autodenominados Sa-

Se inspira en el caso de una niña que murió en Weston de diabetes no tratada; los desmayos se atribuían a su poca fe

nación por la Fe. "Lo cierto es que cuando tienes un cáncer te dicen que es importante que creas en tu sanación. Eso puedo entenderlo. Es efectivo. Pero no hasta el punto de la estigmatización, de decirte que con rezar basta".

¿En qué cree Butler? "Pienso que no hay un más allá, soy agnóstico, pero entiendo ese pensamiento mágico. Entre pensar que sí y pensar que no hay todo un mundo que he querido explorar".

De hecho, lo más cerca de Dios que ha estado, dice, se lo debe a la naturaleza. "El elemento que me enseñó que intentar ser buena gente y ser amable te acerca a ese estado. No finjo lo que no soy. Si alguna vez he vivido alguna experiencia cercana a lo divino, una conexión fuerte, ha sido en plena naturaleza". También, dice, cree en el milagro de la escritura: "¿no le parece sobrecogedor que el efecto de la tinta sobre un papel cambie vidas? Eso es la trascendencia"

Butler siempre cuenta que empezó a escribir en serio por nostalgia: estaba lejos de casa. Por eso, la descripción de lo diario, de lo doméstico, es tan esencial para él. "Por la mañana, la casa olía a tortitas y beicon, a café y a huevos revueltos", escribe como si fuera lo más excelso del universo. Como en sus dos anteriores novelas, lo costumbrista elevado a la categoría de excelso: "Sentiría que estoy fingiendo si situara mis novelas en Nueva York".

Padre de dos hijos, escribe, dice, para entender el mundo y a sí mismo. "Antes de que ellos nacieran yo me preocupaba mucho por el estilo; ahora me preocupo mucho más por la historia, por los sentimientos, por ser real y no falso. Prefiero la comodidad a la máscara".